

dinaria tristeza que la dominaba; su niño estaba como atontado; Danton se hallaba resuelto, y yo reía como una loca. Temían que el plan no se verificase; y aunque yo no estaba cierta de ello, les aseguraba que tendría lugar. Pero, ¿á que viene reír de este modo? me decia madama Danton. ¡Ay de mí! le contesté, esto me anuncia que esta noche he de derramar muchas lágrimas. Como hacia buen tiempo dimos algunas vueltas por la calle, donde habia bastante gentío; pasaron muchos *sans-culottes* gritando: ¡Viva la nacion! luego partidas de á caballo, y finalmente infinitas tropas. Cogí miedo, y dije á madama Danton: vámonos; y echó ella á reír porque yo tenia miedo, hasta que, á fuerza de repetírselo, ella tambien lo cogió. Adios, dije á su madre; no tardará V. en oír tocar á rebato... Cuando llegamos á casa de madama Danton, la encontramos extraordinariamente sobresaltada: ví que todos cogian las armas, ví tambien llegar á Camilo con un fusil. ¡Dios mio! métíme en la alcoba, me cubrí la cara con ambas manos y eché á llorar. No queriendo, sin embargo, manifestar tanta debilidad y decir alto á Camilo que no queria que se mezclase en aquellas cosas, aceché el momento en que pudiese hablarle sin ser oída, y le comuniqué todas mis zozobras: él quiso tranquilizarme diciéndome que no se separaria de Danton, y posteriormente he sabido que se habia espuesto. Freron manifestaba estar resuelto á perecer. «Ya estoy cansado de la vida, decia, no deseo mas que morir.» Cada vez que llegaba una patrulla, creía que iba á perderlos de vista para siempre. Para no ver aquellos preparativos fuí á esconderme en el salon, que estaba sin luces.... Salieron al fin nuestros patriotas; yo fuí á sentarme junto á una cama, rendida, estenuada, quedándome á ratos aletargada, y cuando queria decir algo, no hacia mas que desatinar. Danton á poco de haber salido volvió á acostarse sin que se le notase mucha agitacion. Ya era cerca de media noche; vinieron á buscarle repetidas veces, y por fin salió hácia la municipalidad, mientras iba tocando el rebato de los Franciscanos, que duró mucho tiempo. Sola, bañada en llanto, arrodillada junto á la ventana y tapada con el pañuelo, escuchaba el sonido de aquella campana fatal... Por fin volvió Danton. Vinieron

á traernos mil noticias, unas buenas, otras malas; parecióme haber descubierto que llevaban el plan de ir á las Tullerías, y se lo manifesté sollozando y casi desmayada. Madama Robert á todos preguntaba por su marido, y á mí me dijo: «Si acaso perece, yo no le sobreviviré; mas ese Danton, con su punto de reunion! si muere mi marido, soy muger para darle de puñaladas....» A la una volvió Camilo, y se quedó dormido sobre mi espalda.... Madama Danton parecia que se estaba preparando á la muerte de su esposo: óyese por la mañana el estampido del cañon; ella escucha, pierde el color, fáltale el aliento y cae desfallecida.... Juanita gritaba como una chiva y queria apalea á la M. V. Q., la cual decia que Camilo era causa de todo aquello. Oimos gritar y llorar en la calle; creimos que todo Paris iba á ser inundado de sangre... sin embargo vinieron á decirnos que éramos vencedores, mas lo esplicaban en términos crueles. Llegó Camilo, y me dijo que la primera cabeza que habia visto caer era la de Sulleau; Robert, que habia presenciado la horrible matanza que se hacia con los suizos.... Al siguiente dia 11, vimos el entierro de los Marselleses.... Al otro dia 12, supe al entrar en casa que Danton era ministro. (1)»

Hojéense las mil historias que se han escrito de la Revolucion, y á buen seguro no se hallará relacion alguna mas viva, mas animada y que mejor dé á conocer el terrible cuadro de lo que á fuera estaba pasando. El espanto de aquellas mugeres, aquellos pormenores internos tan llenos de verdad; el estruendo del rebato y la artillería, confundido con la gritería de la muchedumbre; las idas y venidas de aquellos hombres de quienes pendia el destino de aquella noche espantosa: todo esto, dicho en un estilo de muger y con e descuido familiar y á veces la coquetería que le realzan, es de mucho mas precio en la cándida pluma de la jóven historiadora que las descripciones mas limadas que de ello se propusiera hacer un ambicioso escritor.

Con el dia 10 de agosto la fortuna fué propicia á Camilo

(1) *Idem*, páginas 133 y siguientes.

Desmoulins, como que le colocó, según él mismo se espresa, en el consejo de los Maupeou y los Lamoignon, á consecuencia del ascenso de su amigo Danton al ministerio de la justicia, y en calidad de secretario general. «Apesar de todas las profecías de Vd. de que yo jamás haría cosa de provecho, escribió á su padre, véome ya elevado al mayor grado á que pueda aspirar un hombre de toga, y en vez de estar por ello más envanecido, lo estoy mucho menos que diez años atrás, porque ahora valgo mucho menos que entonces en imaginación, talento y patriotismo, que para mí es lo mismo que la sensibilidad, la humanidad y el amor á sus semejantes, los cuales se enfrian con la edad... ¡Como se hinchará de hiel contra mí la vesícula de esa gente de Guisa, tan envidiosa, maligna y llena de rastreras pasiones, cuando llegue á su noticia lo que ellos llamarán mi fortuna, y que solo ha contribuido á hacerme más melancólico é inquieto y más sensible á todos los males de mis conciudadanos y á todas las miserias del hombre! (1)»

Su padre le da saludables consejos, diciéndole que se alegrara infinito de su nueva posición, si no la debiera á una crisis que aun no consideraba terminada, y cuyas consecuencias aun se le hacían temibles; que tal vez más contento estaría si le viese suceder al pacífico destino que él ocupaba en Guisa, que no al frente de un grande imperio harto minado, despedazado, degradado, y que en vez de ser regenerado, quizás de un momento á otro sería desmembrado ó destruido. (2). Cuando se trata de la causa de Luis XVI, le encarece que no le dé el sentimiento de ver su nombre en la lista de los que votarán por la muerte (3).

Más ninguna cuenta tuvo Camilo de sus consejos; y bien sea embriaguez del triunfo, ó delirio y frenesí, cogidos por contagio, propuso á la convención el proyecto de decreto siguiente: «Luis Capet ha merecido la muerte. Se erigirá un

(1) *Idem*, pág. 139.

(2) *Idem*, pág. 140.

(3) Pág. 160.

patíbulo en la plaza del Carroussel, donde será conducido Luis con un cartelón delante que contenga estas palabras: *Perjuro y traidor á la nación*, y otro detrás que diga: *Rey*, para que vea todo el pueblo que el envilecimiento de las naciones no obsta para que prescriba en su daño el crimen de los reyes después de un tiempo cualquiera, aunque hayan transcurrido mil y quinientos años. Además, la bóveda de los reyes en San Dionisio servirá en lo sucesivo para dar sepultura á los ladrones, facinerosos y traidores.»

Quedó traspasado de dolor el padre de Camilo; pero ¿qué no perdona un padre? No tardó su hijo en obtener el honor más sobresaliente que jamás pudiera haber ambicionado, siendo nombrado miembro de la convención. Hubiera deseado Camilo distraerse de los muchos trabajos que le agobiaban, yendo á pasar algunos días con su familia; pero Lucila hallaba mil inconvenientes en mudar de domicilio, según escribe aquel á su padre, diciendo: «Está de tal modo temerosa de que me vengan ganas de irle á abrazar á Vd., que tomaría recelos si le escribiese á Vd. fuera de su presencia, en términos que á cada instante viene de puntillas para ver lo que estoy escribiendo. Sospecho que lo que le da semejante inquietud, es la memoria de alguna prima de quien le han llenado la cabeza (Flora Godard de Wieve, á quien Camilo había amado mucho) (1).

En la misma carta se lisongea de haber sido el precursor de la revolución del 31 de mayo, y de haber aventado con su historia de los brissotinos la gran mina, que era una obra maestra de trabajo subterráneo y se extendía desde Amiens hasta Marsella.

Sin embargo, empezó á calmarse la calentura revolucionaria de Camilo hacia el 10 de agosto de 1793. Ya se arrepiente, y le asaltan los pesares, las zozobras y tal vez los remordimientos. Continuamente está manifestando á su padre el deseo que tiene de irle á abrazar: «Ah! porqué no he de ser

(1) *Idem*, páginas 170 y siguientes.

tan obscuro cuanto soy conocido! *O ubi campi, Guisiaquet* ¿No hay un asilo, un subterráneo donde pueda ocultarme á la vista de todos con mi hijo y mis libros?... La vida es tan mezclada de males y bienes, y de algunos años á esta parte el mal se esparrama de tal modo en torno mio sin tocarme, que á cada instante me parece que va á llegar para mí el turno de ser por él sumergido.... No puedo quitarme del pensamiento la reflexion de que los millares de hombres que se matan tienen hijos y tienen un padre. Afortunadamente no debo acusarme de ninguno de esos asesinatos, ni de ninguna guerra, contra la cual he estado siempre, ni del sinúmero de males que origina la ignorancia y la ambicion, ciegas directoras del timon del estado....

Hay momentos en que me veo impulsado á hacer la esclamacion de lord Falkland (1), é ir á que me maten en la Vendea ó las fronteras para librarme de la vista de tantos males y de una revolucion que no veo haya dado el sentido comun á los que gobiernan la república, en quienes no descubro mas que la ambicion en lugar de la ambicion y la codicia en lugar de la codicia (2).»

Desde principios del año 93 publicaba Camilo otro periódico titulado *le Vieux Cordelier* (el *Viejo Franciscano*), en que sobresalía la agudeza, y que tenia extraordinaria aceptación. En este papel no desmintió Camilo al principio el sobrenombre que se habia aplicado de procurador general de la *Linterna*, pero luego tomó un color mas sombrío, y al fin se declaró acérrimo adversario del verdugo predicando compasion á favor de las víctimas. Léese en la página 91, núm. 5, que *para un patriota el cadalso no es mas que un pedestal de un Sidney y un Juan de Wite; y que la guillotina es el sablazo mas glorioso que puede recibir un diputado*. Penetrado

(1) Fué secretario de estado en tiempo de Carlos 1.º, y murió en la batalla de Newburg. El mismo dia en que pereció, exclamó: «Preveo que muchos males amenazan á mi patria; pero confío quedar libre de ellos ante de la noche.»

(2) *Idem*, pág. 175 y siguientes.

de horror á la vista de las escenas que le rodeaban, tuvo valor para abogar por una *comision de clemencia*, añadiendo: ¿Quereis que yo reconozca la libertad, que me prosterne á sus pies y que por ella derrame toda mi sangre? abrid las cárceles á los doscientos mil ciudadanos que llamais sospechosos.» Estas palabras le perdieron: usando siempre de la franqueza que le caracterizaba, hasta el punto de comprometerse, en todas partes repetia sin disfraz su modo de pensar. No se hablaba mas que de su periódico: todos se preguntaban unos á otros: «¿Ha leído Vd. el *Viejo Franciscano*?»

Un dia dos compañeros de colegio de Camilo (el uno de los cuales le debia un asilo contra las persecuciones revolucionarias) fueron á decirle, llenos de espanto, que de ningun modo se comprometiese intempestiva é infructuosamente. Mas, ya estaba resuelto: esplicó los medios que tenia á su disposicion, y acalorándose gradualmente, dijo: si es menester, cargaré tambien contra Robespierre; ya hace mucho tiempo que conozco su orgullo intratable; yo sabré derribar su andamio de gloria y posteridad.» Otro dia, que Lucila convidó á los condiscípulos de su marido á un modesto desayuno, suscitóse la misma conversacion, y encarecíale mas que nunca que tuviese prudencia; mas ella se mostró tan resuelta como él, diciendo llena de loable indignacion: «Dejen Vds. que cumpla su mision; él ha de salvar á su patria; y los que se opongan á ello no tomarán chocolate en mi casa (1).»

Llegó por fin el dia en que Camilo fué acusado ante los Jacobinos. Robespierre manifiesta que si anteriormente habia tomado la defensa de Camilo, lo hizo preocupado por la amistad, añadiendo: «Camilo habia prometido abjurar las heregías políticas y las proposiciones erróneas y chocantes que llenan todas las páginas del *Viejo Franciscano*, pero, engreido con la extraordinaria aceptación que ha tenido su periódico y con los pérfidos elogios que le prodigaban los aristócratas, no ha querido desviarse de la senda do el error le guiára: sus escritos son peligrosos porque alientan la esperanza de nuestros enemigos y favorecen la pública malignidad; pido en consecuencia que su»

(1) Vide el *Vieux-Cordelier*, edicion de Beaudoin, pág. 14.

números sean quemados en el seno de la sociedad.—No se contesta quemando! dijo Camilo.» Sobrecogido Robespierre, estuvo callado durante algunos segundos, pero animándose de repente dijo: «Pues bien, que no se quemén, que se conteste; léanse acto continuo los artículos de Camilo. Ya que él lo quiere, llénesele de ignominia; no reprima ya la sociedad su indignación, supuesto que él se obstina en sostener sus principios peligrosos y sus diatribas. El hombre que sostiene con tanto empeño unos escritos tan pérfidos es tal vez algo más que deslumbrado; pues si hubiese obrado de buena fé, si hubiese escrito con la candidez de su corazón, no se hubiera atrevido á sostener por más tiempo unas producciones que proscriben los patriotas y aplauden los contra-revolucionarios. Su valor es prestado, y descubre á los hombres ocultos que le dictan sus escritos; descubre que Desmoulins es el órgano de una facción infame que se sirve de su pluma para derramar el veneno con más audacia y seguridad. — A lo que replicó Camilo: —Tú aquí me condenas; y ¿por ventura no estuve yo en tu casa á leerte mis artículos, rogándote en nombre de la amistad que me auxiliases con tus consejos?— Tu no me enseñaste todos los números, pues no he visto más que uno ó dos, repuso Robespierre. Como yo no me ligo con parcialidad alguna, no quise oír los demás, para que no se dijese que yo los había dictado... Por otra parte, poco me importa que los jacobinos repudien ó no á Camilo; no es más que un individuo; pero lo que me interesa, es que la libertad triunfe y que se acate la verdad (1).»

Ya no había remedio para Camilo, supuesto que el dios le había abandonado. Lucila desconsolada ve el abismo, mas no sabe á quien dirigirse; contando mucho con Freron, le escribe de este modo: «Vuelva Vd., Freron, vuelva Vd. pronto, sin demora. Traiga Vd. consigo todos los viejos Franciscanos que Vd. halle, porque los necesitamos urgentísimamente. ¡Ojalá nunca se hubiesen separado! No puede Vd. formarse una idea de lo que aquí está pasando; es imposible que Vd. sepa na-

(1) *Idem*, pág. 19 y siguientes, y *Correspondencia*, pág. 13 y 14.

da, pues de lejos solo puede Vd. percibir un débil resplandor que no le da más que una ligera idea de nuestra situación; así no me admiro de que repruebe Vd. la comisión de clemencia de Camilo. No puede formarse buen juicio desde Tolon. ¡Y qué feliz es Vd. en esa! todo ha ido como Vd. deseaba; pero aquí nosotros nos vemos calumniados y perseguidos por ignorantes é intrigantes y aun por patriotas! El norte de Vd., Robespierre, ha delatado á Camilo, pidiendo lectura de sus números 3 y 4 y que fuesen quemados, siendo así que él mismo los había leído manuscritos! ¿Qué concepto formará Vd. de todo esto? En dos sesiones sucesivas ha estado hablando furiosamente contra Camilo... A. Mario (Danton) ya no se le hace caso, se desalienta y fallece; d'Eglantine se halla preso en el Luxemburgo, y le imputan hechos muy graves.... Han tenido el desearo esos monstruos, de hacer cargos á Camilo porque se casó con una muger rica.... Ah! que no hablen jamás de mí, olviden que yo existo, y dejen que me vaya á vivir en la obscuridad de un desierto! Nada les pido, les cedo cuanto poseo, con tal que no respire el mismo aire que ellos. ¡Quisiéra poderme olvidar de ellos y de todos los males que nos causan! Pesada carga es para mí la vida; ¡ya no sé ni discurrir.... grata y pura felicidad! me veo, ay de mí! de tí privada. Mis ojos se bañan de lágrimas; encierro en lo más oculto de mi corazón el acerbo dolor que me aflige; presento á Camilo serena la frente, y finjo valor para que el suyo no mengue (1).»

No le pareció á Freron de tanta gravedad el asunto, puesto que lo tomó con el mismo tono jovial que hemos notado en su primer carta, contestando: «Cuando pregona todo el Mediodía que sin nuestras medidas, tan activas como prudentes y enérgicas, todo este país estaba perdido y hubiera seguido la marcha de Lyon, Burdeos y la Vendea, se atreven á desunirnos, á calumniarnos!.... Doy gracias á tu marido por haber tomado mi defensa; mas héle ahí á él tam-

(1) *Historia de los tribunales*, páginas 183 y siguientes.

bien denunciado!... *Quieren prendernos á unos tras otros, y guardan á Robespierre para el último.* Ya nos vemos todos espuestos al mas execrable sistema de difamacion. ¡Almas vulgares y rastreras, vosotros nos habeis prestado vuestra bajeza! no habeis podido concebir, ni aun menos llegar á la altura de nuestros sentimientos; empero la verdad destruirá vuestras infernales maquinaciones; cumpliremos nuestro deber no obstante todas las dificultades y disgustos; seguiremos siendo útiles á la república, y sacrificándonos por su salud; daremos á nuestros conciudadanos un fiel manifiesto de nuestros trabajos, de nuestras acciones, de nuestros mas ocultos pensamientos, y á nuestros acusadores les diremos:— ¿Presentareis mas títulos que nosotros á la pública estimacion? ¿Con qué, Lucila, se acuerda Vd. de este pobre Conejo, que desterrado lejos de vuestros matorrales, coles, sérpul y albergue paternal, se halla estenuado de tristeza por ver frustrados los mas constantes esfuerzos en pro de la gloria y afianzamiento de la república? Dile á tu lobo (tu marido), querida Lucila, mil finezas de mi parte. Dale mi enhorabuena por la noble respuesta que ha hecho á Barnave: es digna de Bruto, que será eternamente nuestro guia. Yo me hallo como tu: agítame sombría ansiedad; veo un gran complot pronto á reventar en el seno de la república; veo la discordia sacudir sus teas entre los patriotas; veo unos ambiciosos que quieren apoderarse del gobierno, y para lograrlo se desviven con el fin de empañar el lustre y deshacerse de los hombres mas puros, los hombres de saber y carácter. Yo soy una prueba de ello. Robespierre es mi norte; en todos los discursos que pronuncia en los jacobinos descubro la verdad de cuanto yo digo aquí. No sé si Camilo ve lo mismo que yo; mas, me parece que quieren llevar á las sociedades populares mas allá de su objeto, y conducir las sin que lo sospechen á hacer la contrarrevolucion con medidas ultrarrevolucionarias. No vengas por acá, amable y querida Lucila; esta tierra es horrible, y por mas que se diga, es un país bárbaro para el que ha vivido en Paris. Yo no puedo ofrecerte cavernas, pero sí muchos cipreses. Dí al tragon de tu marido que mas valen por acá los tordos y becadas que

los habitantes: si Paris no distase tanto le mandaria algunos; pero te envio aceitunas y aceite. Adios, querida Lucila: en este momento voy á partir para el ejército, pues va á principiar el ataque general, que tendrá lugar cuando recibas la presente... Adios, otra vez, loca, mil veces loca, Rodillo querido, *bulí-bulá* de mi corazon (cariños que solian decirle). Muy larga es esta carta; pero he querido satisfacer el grato deseo que tenia de platicar contigo, y me he tomado parte de la noche para hacerlo á mi gusto. Dile pues á lobo que me escriba, y que es muy perezoso. Supongo que tu carta en contestacion á la presente tardará un año en llegar... ¿*Qué me importa á mí?* Muy al contrario, es claro como el sol (frases que usaba Lucila). Acuérdomme de estas frases ininteligibles; acuérdomme de ese piano, de aquellos caprichos, de aquel tono melancólico repentinamente interrumpido por sendas carcajadas. Adios, ente indefinible! Mil abrazos á todo el conejar, y á tí, Lucila, te abrazo con toda la ternura de mi corazon. No olvides tampoco al Gazapo (su niño Horacio) ni á su abuela Melpómene (madama Duplessis). Nos vamos á coronar de laureles ó de sauces: tu, Lucila, prepara el que me destinas.» (1).

La desgraciada Lucila no se sintió con fuerzas para responder; de cuyo silencio se queja Freron en la última carta, manifestándole que toma parte en la pena que le causa la denuncia de Camilo, sin que al parecer le dé mucha importancia, pues continua en su estilo jovial, y termina de este modo: «Adios, Lucila! adios, pícaro diablillo! ¿Ya ha cogido Vd. el sérpul? no tardaré, apesar de los desaires que Vd. me da, en tomarlo de su propia mano. Tengo pedida licencia para un mes, porque me hallo rendido de fatiga; luego volaré al recinto de la convencion, desde donde me escurriré á los sotos del *Bourg de l'Egalité* para solazarme sobre la yerba, apesar de sus jarros de agua. No le mandaré á Vd. aceite ni aceitunas, si Vd. no me escribe. Diga Vd. lo que quiera, yo la amo á Vd. y la abrazo, divino

(1) *Correspondencia inédita*, páginas 188 y siguientes.

Rodillo, á las barbas de su zeloso lobo. Dígame Vd. que enfrene un poco su imaginacion relativamente á las *comisiones de clemencia*, porque seria un triunfo para los contrarevolucionarios; que no le ciegue su filantropía, y que declare guerra á muerte á todos los patriotas de especulacion. Adios otra vez, preciosísimo Rodillo (1).»

Mas, estos juegos venian ya muy fuera de sazón. El mismo Camilo preveía lo que iba á sucederle. Encontróse un dia con su antiguo maestro de conferencia en la calle de San Honorato, y este le preguntó que traía. «Son ejemplares de mi Viejo Franciscano, ¿quiere Vd. alguno? — No, no, eso es veneno! — Medroso! dijo Camilo: ¿ha olvidado Vd. el pasaje de la Escritura que dice: *Bebamos y comamos, pues mañana hemos de morir!*» Apesar de todo, Camilo tomaba nuevo aliento, y habia casos en que aun se creía el primer hombre de la revolucion, diciendo: «Cuando ha sido necesario, he espuesto mi vida por ella en el Palacio Real. Tambien querian molestarme en aquella época; pero la nacion seguía mis pasos, y yo estaba tranquilo. Todavía con mi Viejo Franciscano cuento guiarla, y simbolizar sus deseos y necesidades, fundando aun mi fuerza en la opinion pública. ¿No han oido acaso la elocuente voz de Philippeaux? Danton duerme; pero es el sueño del leon, y despertará para defendernos» (2).

La tempestad se iba aglomerando; los dos enemigos mas temibles que tenia Camilo eran Barrere y Saint-Just. Al darse la ley de los sospechosos, no pudo el Viejo Franciscano reprimir su indignacion, y una enérgica alusion que hizo al reinado de Tiberio conmovió las comisiones gubernativas. Encargóse á Barrere su impugnacion, y en el informe que este hizo, procuró destruir el efecto que habia producido; pero Camilo ridiculizó al relator, quien juró vengarse de él, y maquinó al efecto la faccion de los indulgentes; para

(1) *Idem*, pág. 208 y siguientes.

(2) *Idem*, pág. 17.

comprender en ella á Camilo (1). Por lo tocante á Saint-Just que era el otro enemigo que tenia mas implacable, dijo Camilo en una carta dirigida al general Vilson, que mandó imprimir y publicar por las calles, que Saint-Just llevaba la cabeza con tal respeto como si fuera el santo sacramento, considerándola como la piedra angular de la república; y este último respondió: Yo se la haré llevar á él como á San Dionisio. Además, Camilo habia dado á conocer un poema de Saint-Just, titulado *Organt*, del cual decia que se habia escapado al lente microscópico de los autores del Pequeño-Almanaque de los grandes hombres, quienes apesar de haber descubierto á los insectos mas diminutos que existian en literatura, no habian echado de ver el poema en veinte y cuatro cantos de Saint-Just.

De ahí fué que este se produjo en la tribuna con una especie de rabioso deleite contra los que acusaban al gobierno de inhumano. «Existen en Europa cuatro millones de presos cuyos ayes no atendeis, al paso que vuestra *parricida moderacion* permite que triunfen todos los enemigos de la república. Trescientos son los perversos que en un año ha sentenciado á muerte el tribunal revolucionario; ¿hay algun tribunal en Inglaterra que no haga otro tanto?... Recelosa la monarquía de su autoridad, véiasela nadar en la sangre de treinta generaciones...y ahora vacilariais en aparecer severos contra un puñado de culpables!... *La compasion que hacia los presos se aparenta* es una prueba manifiesta de traicion en una república que no puede cimentarse sino sobre la insensibilidad.»

En la noche del 30 al 31 de marzo de 1794, oye Camilo al tiempo de acostarse el ruido de una culata de fusil que cae en el enlosado de la calle: «Vienen á prenderme!» esclama; y se echa en los brazos de su querida Lucila, la

(1) En el *Viejo Franciscano*, echó en cara Camilo á Barrere el haber presidido á los *Feuillans*, propuesto la comision de los doce, etc., y le amenazó que revelaria muchas otras cosas registrando el *vieux sac* (saco viejo), haciendo alusion al nombre de nobleza de Barrere, de *Vinousac*.